

de piratas que San Aarón había desterrado de su roca.

Vamos a la segunda aventura.

Algunos días después de la que acabo de referir, fui con Gesril a Saint-Servan, barrio que se halla separado de Saint-Malo por el puerto mercante. Cuando está baja la marea, es preciso atravesar unos cuantos puentes angostos, construidos con losas, por debajo de los cuales pasan corrientes de agua; en la pleamar los puentes quedan completamente cubiertos de agua. Los criados que nos acompañaban se habían quedado atrás, a bastante distancia de nosotros. Al llegar a uno de los puentes vimos a dos grumetes que caminaban en dirección contraria a la nuestra. Gesril me dijo: «¿Dejaremos pasar a esos tunantes?» y en seguida empezó a gritar: «¡Al agua, patos!» Los grumetes entendían poco de chanzas, y siguieron avanzando: entonces, nos colocamos a la entrada del puente, cogimos unos cuantos guijarros, y se los tiramos a la cabeza. Nuestros enemigos cayeron entonces sobre nosotros, nos hicieron volver pies atrás, y armándose de piedras, nos llevaron hasta nuestro cuerpo de reserva, o, lo que es lo mismo, hasta que nos incorporamos con nuestros criados. Yo no salí, como Horacio, herido de un ojo, pero sí recibí en la oreja izquierda tan descomunal pedrada, que casi me la arrancó.

No sentía el daño que me habían causado, sino el tener que regresar a casa. Cuando mi amigo volvía descalabrado de sus correrías, o llevaba desgarrado el traje, todos se compadecían de él; en el mismo caso, yo no escapaba nunca sin castigo. El golpe que acababa de recibir no dejaba de ser peligroso; pero La France no logró persuadirme a que entrara en su casa. Me oculté en el piso segundo, en la de Gesril, quien me vendó la cabeza con una servilleta. Este vendaje le devolvió su bullicioso humor, y le dió por decir que parecía una mitra; transformóme en obispo de buenas a primeras, haciéndome cantar misa mayor con él y sus hermanas hasta la hora de comer. El pontífice se vió precisado entonces a bajar al piso principal. Sorprendido mi padre al ver mi semblante descompuesto y manchado de sangre, no me dijo ni una palabra: mi madre dió un grito; La France refirió lo sucedido, disculpándome como supo; a pesar de todo esto, no me libté de la correspondiente paliza. Los señores de Chateaubriand mandaron que me cu-

raran la oreja, y resolvieron separarme de Gesril lo más pronto posible (1).

No sé si fué aquel año cuando vino a Saint-Malo el conde de Artois, a quien obsequiaron con un simulacro de un combate naval. Desde lo alto del bastión de la pólvora vi al joven príncipe, presenciando desde las orillas del mar este espectáculo. ¡Cuántos destinos desconocidos encerraban su brillo y mi obscuridad! Hasta entonces, Saint-Malo no había visto más que a dos reyes de Francia: Carlos IX y Carlos X.

Este es el primer cuadro de mi infancia. Ignoro si la severa educación que me dieron es buena en principio, pero mis padres la adoptaron sin designio alguno, o, mejor dicho, fué una consecuencia natural de su humor. En todo caso, es lo cierto que, merced a ella, se han diferenciado bastante mis ideas de las de los demás hombres; y más cierto aún, que imprimió en mis sentimientos un carácter melancólico, hijo de la costumbre de padecer en la edad de la debilidad, de la impresión y de los goces.

¡Tal vez haya quien suponga que semejante sistema de educación hubiera podido conducirme a detestar a los autores de mis días! Mas no fué así; el recuerdo de sus rigores es para mí casi agradable: venero y estimo sus grandes prendas. Soy deudor a mi madre de los consuelos de mi vida, puesto que ella fué quien me imbuyó sanos principios de religión: recogí las verdades cristianas que salían de su boca, como las estudiaba Pedro de Langres en una iglesia, a la luz de la lámpara que ardía ante el Santísimo Sacramento. ¿Se habría desarrollado mejor mi inteligencia, habiéndome dedicado al estudio algún tiempo antes? Lo dudo: las olas, los vientos y la soledad, que fueron mis primeros maestros, cuadraban mejor, acaso, a mis disposiciones naturales. La verdad es que ningún sistema de educación es en sí preferible a otro: ¿quieren más los hijos a sus padres, hoy, que los tutean y que no les inspiran ningún temor? Gesril era tratado con el mayor mimo, en la misma casa donde me refían a mí continuamente, y ambos hemos sido hombres de bien, y tiernos y respetuosos hijos. Tal cosa, que a uno le parece perjudicial, es la que más eficaz-

(1) En mis obras he hablado de Gesril. Una de sus hermanas, Angélica Gesril de la Trochardais, me escribió en 1818 rogándome que procurase obtener que el apellido Gesril se uniera al de su marido y al del marido de su hermana; pero fracasaron mis negociaciones.

(Nota de 1831, en Ginebra).

mente contribuye al desarrollo del talento de un muchacho; y tal otra, que la cree conveniente, bastaría por sí sola para enervar sus facultades intelectuales.

El día 4 de septiembre de 1812, me remitió el señor Pasquier, prefecto de policía, la siguiente carta:

PREFECTURA POLÍTICA.

«El prefecto de policía invita al señor de Chateaubriand a que se sirva presentarse en su despacho, hoy a las cuatro de la tarde, o mañana a las nueve de la mañana.»

El prefecto me llamaba para intimarme la orden de que saliera de París, y me encaminé a Dieppe, cuyo primer nombre fué *Bertheville*, y que tomó el de Dieppe hace más de cuatrocientos años, de la palabra inglesa *deep*, que significa *profundo* (surgidero). En 1788, estuve de guarnición en ella con el segundo batallón de mi regimiento; vivir en aquella ciudad, de casas de ladrillos y tiendas de marfil, de aseadas calles y hermoso cielo, era refugiarme cerca de mi juventud. Cuando salía a paseo, me dirigía casi siempre a las ruinas del castillo d'Arques, que están llenas de históricos recuerdos. Cuando me quedaba en casa, se ofrecía a mi vista el grandioso espectáculo del mar: desde ella contemplaba aquel mismo Océano que me vió nacer, y el cual baña las costas de la Gran Bretaña, y donde he sufrido tan largo destierro: mis miradas vagaban sobre las olas que me llevaron a América, me trajeron a Europa y me llevaron después a las costas de África y de Asia.

Mi madre manifestó siempre grandes deseos de que se me diese una educación clásica. Decía que la profesión de marino, a la cual me destinaban, «quizás no fuera de mi agrado»; y, por lo que pudiera suceder, le parecía conveniente darme una educación aplicable a cualquiera otra carrera. Su piedad la inducía a desear que yo me decidiese por la iglesia. Por lo tanto, propuso que me llevaran a un colegio a estudiar matemáticas, dibujo, esgrima, y el idioma inglés, y no habló ni una palabra del latín y el griego, por temor de incomodar a mi padre; pero pensaba interiormente dar orden de que me los enseñaran, reservadamente primero, y en público cuando llegara a hacer algunos adelantos. Mi padre accedió a su proposición, acordando enviarme al colegio de Dol, cuya ciudad mereció la

preferencia por hallarse situada en el camino de Saint-Malo a Combourg.

En el crudo invierno que precedió a mi reclusión escolar, hubo un incendio en la casa que habitábamos; mi hermano mayor me salvó entonces la vida sacándome, con riesgo de la suya, al través de las llamas. El señor de Chateaubriand, que se había retirado a su castillo, llamó a su esposa a su lado, y al llegar la primavera fué preciso obedecerle.

La primavera en Bretaña es mucho más benigna que en las cercanías de París, y florece tres semanas antes. La golondrina, la oropéndola, el cuco, la codorniz y el ruiseñor, llegan con las brisas que se albergan en los golfos de la península armórica. Las margaritas, pensamientos, junquillos, narcisos, jacintos, renúnculos y anémonas cubren la tierra, como en los sitios abandonados que circundan a San Juan de Letrán y a la Santa Cruz de Jerusalén en Roma. Los claros de los bosques se ven matizados de altos y elegantes helechos; la campiña cuajada de gayombas y aliagas, resplandece con sus flores, que parecen mariposas de oro. Los setos, a lo largo de los cuales abundan la fresa, la frambuesa y la violeta, se embellecen con zarzas, madreselvas y espinos silvestres, cuyos tallos, negros e inclinados, producen hojas y frutos magníficos. Por doquiera se oye el zumbido de las abejas y el canto de las aves: los enjambres y los nidos llaman la atención de los muchachos. En ciertos sitios, resguardados del cierzo, crecen, como en Grecia, las adelfas y el mirto, sin cultivo alguno: las brevas maduran tan pronto como en la Provenza; los árboles frutales, con sus flores de carmín, parecen un gran ramillete de novia de aldea.

En el siglo XII el bosque de Breche-liant ocupaba los cantones de Fougères, Rennes, Becherel, Dinán, Saint-Malo y Dol; los francos y los pueblos de la Dommonéa lo eligieron para campo de sus batallas. Wace refiere que se veía en él al hombre salvaje, la fuente de Berenton y un estanque de oro. Un documento histórico del siglo XV, *Los usos y costumbres del bosque de Breche-liant*, confirma el romance de Rou: «Según los usos, el bosque es grande y espacioso; hay en él cuatro castillos, buen número de estanques, hermosas chozas, donde no hay moscas ni bicho alguno venenoso; doscientos criaderos de árboles, otras tantas fuentes, incluso la de *Belenton*, junto a la cual veló sus armas el caballero Pontus.»

Aun conserva el país rasgos que revelan su origen; cortado en diversas direcciones por zanjas, semeja un bosque desde lejos, y tiene analogía con algunas provincias de Inglaterra. Algunos ríos, que no son navegables, riegan aquellos valles angostos, separados unos de otros por pequeñas y arenosas cordilleras, en las que se crían acebos y otros arbustos. Por la parte de la costa abundan los faros, vigías torres, construcciones romanas, ruinas de castillos de la Edad Media, y los campanarios de la época del Renacimiento: todo está rodeado por el mar; Plinio llamó a la Bretaña *Pentinsula espectadora del Océano*.

Entre el mar y la tierra se extienden los campos pelagianos, fronteras indecisas de ambos elementos; la alondra de tierra y la de mar agitan en ellos sus alas a un tiempo mismo; la barca y el arado, distantes tan sólo un tiro de piedra una de otra, van surcando la tierra y el agua. Las arenas de diversos colores, las caprichosas labores que forman los mariscos, y las franjas de plateada espuma, guarnecen la orilla amarilla o verde de los sembrados. No me acuerdo en cuál de las islas del Mediterráneo vi un bajo relieve que representaba a las Nereidas festeñeando las guarniciones de la falda de Ceres.

Pero lo más admirable que hay en Bretaña es la salida de la luna por la parte de tierra, y su ocaso en el mar.

Destinada por Dios a ser aya del abismo, la luna tiene sus nubes, sus vapores, sus rayos y sus sombras; pero, al llegar a su ocaso, no se retira sola como el sol, sino acompañada de un séquito de estrellas. A medida que va descendiendo sobre mi playa natal hasta los límites del cielo, comunica al mar su silenciosa calma; poco después se la ve sumergirse lentamente en el horizonte, dejando descubierta la mitad de su frente, que se va apagando, inclinándose y desapareciendo entre la muelle intumescencia de las olas. Las estrellas, antes de precipitarse en pos de su reina, parecen detenerse en la cima de las aguas. No bien se ha puesto la luna, cuando un soplo de viento viene a apagar la imagen de las constelaciones, de la misma manera que se apagan las luces después de una fiesta.

Dieppe, septiembre de 1812.

SALIDA PARA COMBOURG.—DESCRIPCIÓN DEL CASTILLO.—COLEGIO DE DOL.—MATEMÁTICAS Y LENGUAS.—RASGOS DE MI MEMORIA.—VACACIONES EN COMBOURG.—VIDA DEL CAMPO EN PROVINCIA.—COSTUMBRES FEUDALES.—HABITANTES DE COMBOURG.

Debiendo acompañar a mis hermanas hasta Combourg, nos pusimos en marcha en la primera quincena de mayo. Al amanecer salimos de Saint-Malo, mi madre, mis dos hermanas y yo, en una enorme berlina a la antigua, que arrastraban ocho caballos enjaezados como las mulas en España, con campanillas al cuello y guarniciones de franjas de lana de diversos colores. Mientras mi madre suspiraba, y mis hermanas hablaban hasta perder la respiración, yo me maravillaba de todo lo que veía; primer paso de un judío errante que ya no debía parar. ¡Si el hombre no hiciera más que cambiar de lugares! Pero también cambian sus días y su corazón.

Nuestros caballos descansaron en una aldea de pescadores, en la playa de Cancale: en seguida cruzamos los pantanos y la ciudad de Dol, y pasando por la puerta del colegio, adonde pronto debía volver, nos engolfamos en lo interior del país.

Por espacio de cuatro horas mortales, sólo distinguimos algunos arbustos medio secos, y algunos indigentes campesinos, ya conduciendo carbón en caballos exigüos, ya aguijoneando con agudos gritos a bueyes escualidos que arrastraban enormes carretas. Por último, descubrimos un valle, en cuyo fondo se elevaba el campanario de una iglesia de aldea y más lejos las torres de un castillo feudal.

He tenido que detenerme: mi corazón latía hasta el punto de rechazar la mesa sobre que escribo. Son tantos y tales mis recuerdos que me anonadan: y, sin embargo, ¿qué son para el resto del mundo?

Cuando bajamos la colina dejamos el camino real, y el coche rodó por una calle de hojaranzos, cuyas ramas se entrelazaban sobre nuestras cabezas: aun me acuerdo del momento en que entré bajo esta bóveda sombría.

Después atravesamos una especie de plaza plantada de nogales, inmediata al jardín y a la casa del administrador, desembocando en un patio de césped, llamado *Patio Verde*. En el fondo del patio,

cuyo terreno se elevaba insensiblemente, aparecía el castillo entre dos grupos de árboles. Su fachada, triste y severa, presentaba una cortina con una galería cubierta medio destruida: esta cortina unía dos torres desiguales en edad, en materiales, en altura y en espesor, que terminaban con almenas de techumbre puntiaguda, como un gorro puesto sobre una corona gótica.

Algunas ventanas enrejadas aparecían sobre la desnudez de los muros: una ancha escalinata de veintidós peldaños reemplazaba al antiguo puente levadizo. Sobre la puerta del castillo se veían las armas de los señores de Combourg, y los postes, a través de los cuales salían en otro tiempo los brazos y las cadenas del puente.

El coche paró al pie de la escalinata, y mi padre salió a recibirnos. La reunión de la familia dulcificó momentáneamente su humor, y nos hizo la más graciosa acogida.

Entramos en las habitaciones que miraban al Mediodía del estanque, unidas por dos pequeñas torres. Todo el castillo tenía la figura de un carro de cuatro ruedas. Luego nos encontramos en una sala llamada en otro tiempo de los *Guardias*, en cuyas extremidades se abrían dos ventanas, y otras dos en la línea lateral. Dos corredores en plano inclinado, como el de la Gran Pirámide, partiendo de los ángulos exteriores de la sala conducían a las torrecillas, y una escalera, que serpenteaba dentro de una de éstas, ponía en comunicación la sala de los *Guardias* con el piso superior.

El cuerpo de fachada de la torre grande, se componía de una especie de dormitorio cuadrado y sombrío, que servía de cocina; el vestíbulo, la escalinata y una capilla. Encima de estas piezas estaba el salón de los *Archivos*, o de los *Blasones*, o de los *Pájaros*, o de los *Caballeros*, llamado con estos nombres por su techo sembrado de escudos de armas y de pájaros pintados. Escaleras y pasajes secretos, calabozos y torreones, un laberinto de galerías cubiertas y descubiertas, subterráneos murados con desconocidas ramificaciones, silencio por todas partes y obscuridad; tal era el castillo de Combourg.

Una cena servida en el salón de los *Guardias*, en la cual comí sin que me contrariaran, terminó el primer día feliz de mi vida. La verdadera felicidad cues-

ta poco; si es cara, no es de buena especie.

Al día siguiente, fui a visitar los alrededores del castillo y a celebrar mi advenimiento a la soledad. La escalinata hacía frente al Noroeste. Me senté en ella; delante tenía el *Patio Verde*, y más allá una huerta entre dos arboledas; una de ellas, a la derecha, se llamaba *Mallo pequeño*, y la otra, a la izquierda, el *Mallo grande*. La señora de Seigné ponderaba en su tiempo estos sombríos parajes, y desde esta época habían aumentado su belleza ciento cuarenta años.

Por la parte opuesta se contemplaba un paisaje distinto; por las ventanas del salón se veían las casas de Combourg, un estanque, por cuya calzada pasaba el camino de Rennes, un molino de agua, y una pradera llena de rebaños. Al final de la pradera había una aldeilla, dependiente de un priorato fundado en 1149 por Rivallon, señor de Combourg. Más allá del estanque el terreno se elevaba, formando un anfiteatro de árboles; y allá en el horizonte, entre el Occidente y el Mediodía, se perfilaban las alturas de Bécherel.

Si después de esta larga descripción tomase un pintor su lápiz, ¿trazaría un bosquejo parecido al castillo? Creo que no; y, no obstante, mi memoria ve los objetos como si los tuviera delante de mi vista. ¡Tal es en todas las cosas materiales la impotencia de la palabra y el poder del recuerdo! Al hablar de Combourg, canto las primeras notas de una endecha que a nadie agrada más que a mí: preguntad al pastor del Tirol por qué se queja en las tres o cuatro notas que repite a sus cabras, y que el eco arroja desde la orilla de un torrente a la ribera opuesta.

Mi primera estancia en Combourg fué muy breve. Apenas habían pasado quince días, vi llegar al abate Porcher, jefe del colegio de Dol; me confiaron a él, y lo seguí a pesar de mis lágrimas.

No era yo completamente extranjero en Dol; puesto que mi padre era *canónigo* de esta ciudad, como descendiente y representante de la casa de Guillermo de Chateaubriand, fundador en 1529 de la primera silla en el coro de la catedral. Era obispo de Dol el señor de Hercé, amigo de mi familia, prelado de gran moderación política, que fué fusilado de rodillas y con el crucifijo en la mano, en el Campo del Martirio, junto con su her-

mano, el abate de Hercé, en Quiberón. Al llegar al colegio fui confiado a los cuidados particulares del abate Leprince; era un hombre de talento, de hermosa figura, amante de las artes, y pintaba bastante bien un retrato: se encargó de enseñarme el Bezout. El abate Egault, regente de tercer año, fué mi maestro de latín.

Algún tiempo necesitaba un buho de mi especie para acostumbrarse a la jaula de un colegio y a medir su vuelo al sonido de una campana. Yo no podía tener esos amigos improvisados que proporciona la fortuna, porque nada tenían que ganar con un pobre chico: jamás me enganché en ninguna clientela, pues me eran odiosos los protectores. En los juegos nunca pretendía gobernar a nadie, pero tampoco quería ser gobernado.

Ocurrió, sin embargo, que pronto formé un centro de reunión; y el mismo poder ejercí en lo sucesivo en mi regimiento: siendo un simple subteniente, los viejos oficiales pasaban la noche conmigo, y preferían mi compañía en el café. Ignoro de dónde provenía esto, como no fuese mi facilidad para insinuarme y conocer las costumbres de los demás. Tanto me gustaba cazar y correr, como escribir y leer. Aun hoy me es indiferente conversar de las cosas más comunes o de los objetos más elevados; y muy poco sensible al talento, casi me es antipático, aunque no desconozco su mérito. Ningún defecto me causa extrañeza, excepto la burla y la suficiencia: siempre encuentro que los demás tienen sobre mí una superioridad cualquiera, y cuando alguna vez me siento con ventaja, quedo confuso y cortado.

En el colegio hice rápidos progresos en matemáticas, para las cuales tenía una claridad de concepción que sorprendía al abate Leprince: siempre esperaba la hora de las lecciones de latín con cierta impaciencia y como un descanso de mis cifras y figuras geométricas. Por una singularidad, mi dicción latina se transformaba tan naturalmente en pentámetro, que el abate Egault me llamaba el *Elegiaco*, mote que creí me quedaría entre mis camaradas.

He aquí dos rasgos de mi memoria: de tal modo aprendí las tablas de logaritmos que, dado un número en la proporción geométrica, hallaba de memoria su exponente en la proporción aritmética, y viceversa. Después de acabar la oración nocturna que hacíamos en la capilla del

colegio, el director nos leía, y uno de los niños tenía que dar cuenta de la lectura. Muertos de sueño y cansados de jugar, al llegar a la capilla nos tirábamos por los bancos, tratando de ocultarnos en un rincón para no ser vistos ni interrogados: había un confesonario, que nos disputábamos como un retiro seguro. Una noche tuve la fortuna de ganar este puesto, en el cual me creía seguro contra el director; pero, desgraciadamente, advirtió mi maniobra, y resolvió hacer un ejemplar. Leyó pausada y extensamente la segunda parte de un sermón; todos se durmieron; pero no sé por qué casualidad permanecí despierto en mi confesonario. Como que sólo me veía la punta de los pies, creyó que dormitaba igual que los otros, y apostrofándome de repente, me preguntó lo que había leído.

Nos había leído las diversas maneras cómo se puede ofender a Dios; no sólo dije su pensamiento, sino que hice las divisiones por su orden, y repetí casi palabra por palabra muchas páginas de una prosa mística, ininteligible para un niño. Una salva de aplausos resonó en la capilla; el director me llamó, me dió un golpecito cariñoso en la mejilla, y me permitió en recompensa que al día siguiente no me levantase hasta la hora de almorzar. Yo me oculté modestamente a la admiración de mis camaradas, y me aproveché bien de la gracia que me había concedido. Esta memoria de palabras, que no he conservado enteramente, ha hecho lugar en mí a otra más singular aún, de la cual tal vez tenga ocasión de hablar.

Una cosa me humilla: la memoria es, muchas veces, la cualidad de la estupidez, y pertenece generalmente a las inteligencias torpes. No obstante, ¿qué seríamos sin memoria? Olvidaríamos amistades, amores, placeres y negocios: el genio no podría reunir estas ideas: el corazón más afectuoso perdería su ternura si dejase de recordar: la existencia se reduciría a los momentos sucesivos de un presente que corre sin cesar, y el pasado no existiría. ¡Oh miseria! nuestra vida es tan vana, que sólo es un reflejo de nuestra memoria.

Pasaba las vacaciones en Combours, cuyo territorio tenía por toda propiedad las landas, algunos molinos y los dos bosques Bourgouët y Tanoërn, en un país en que los bosques apenas tienen valor. Pero, sin embargo, era rico en derechos feu-

dales de diferentes clases: unos determinaban algunos privilegios por ciertas concesiones, o fijaban usos nacidos del antiguo orden político; los otros no parecían haber sido en su origen otra cosa que diversiones.

Fué mi padre quien hizo renacer algunos de estos últimos derechos, a fin de evitar la prescripción. Cuando se reunía toda la familia, tomábamos parte en estas distracciones góticas: las tres principales eran el *Salto de los pescaderos*, la *Quintaine* y una feria llamada la *Angevine*. Aldeanos con zuecos y bragas, hombres de una Francia que ya no existe, miraban aquellos juegos de una Francia que ya no existía. Se otorgaba un premio al vencedor y se multaba al vencido.

La *Quintaine* conservaba la tradición de los torneos, y sin duda tenía alguna relación con el antiguo servicio militar de los feudos. Las multas debían pagarse en antigua moneda de cobre, hasta el valor de *deux moutons d'or a la couronne de vingt-cinq sols parisis*, cada uno.

La feria se celebraba en la pradera del Estanque el 4 de septiembre de cada año, día de mi nacimiento. Tenían los vasallos la obligación de tomar las armas, y venían al castillo a alzar la bandera del señor; desde allí marchaban a la feria. En esta época tenía mi padre mesa abierta y se bailaba durante tres días: los señores, en la sala grande, a los chirridos de un violín, y los vasallos en el Patio Verde, al compás de una gaita. Cantaban y disparaban arcabuzos, mezclándose estos rumores al balido de los rebaños de la feria, y la multitud vagaba por los jardines y bosques.

De modo, que fui bastante singularmente colocado en la vida para poder asistir a las carreras de la *Quintaine* y a la proclamación de los *Derechos del hombre*; para poder ver la milicia urbana de una aldea de Bretaña y la guardia nacional de Francia, el pendón de los señores de Combours y la bandera de la revolución. Soy, pues, como el último testigo de las costumbres feudales.

Las visitas que se recibían en el castillo se componían de los habitantes de la aldea y de la nobleza de las cercanías: estos honrados vecinos fueron mis primeros amigos. Nuestra vanidad da mucha importancia al papel que hacemos en el mundo. El habitante de París se ríe del de una ciudad pequeña; el noble de la corte se burla del noble provinciano; el hombre conocido desdeña al hombre ig-

norado, sin pensar que el tiempo hace igualmente justicia de sus pretensiones.

El primer habitante del lugar era el señor Potelet, antiguo capitán de navío de la compañía de las Indias, que contaba grandes historias de Pondichery, con los codos apoyados en la mesa, lo cual hacía que mi padre siempre tuviese deseos de tirarle su silla a la cara. Después venía el depositario de tabacos, el señor Launay de La Billardière, que tenía doce hijos, como Jacob, nueve niñas y tres muchachos, el más joven de los cuales, David, era mi compañero de juegos (1). En esta casa había mucha alegría y bastantes deudas. El senescal Gesbert, el procurador fiscal Petit, el administrador Corvaisier y el capellán abate Chalmel, constituían la sociedad de Combours. No he encontrado en Atenas personajes más célebres.

El señor du Petit-Bois, de Châteaud'Assie, de Tinteniac y uno o dos caballeros, venían los domingos a oír misa a la parroquia y a comer en seguida en casa del castellano. Particularmente estábamos ligados con la familia Trémaudan, compuesta del marido, de la mujer, extremadamente hermosa, de una hermana natural y de muchos niños. Todavía viven los Trémaudan. Más sabios y más felices que yo, no han perdido de vista las torres del castillo que yo abandoné hace treinta años: aun hacen lo que yo hacía cuando concurría a su mesa, ni han salido del puerto en el cual yo no volveré a entrar. Tal vez hablen de mí en el momento en que escribo esta página, y me reprendo el sacar su nombre de su protectora obscuridad. Mucho tiempo dudaron que yo fuese el *petit chevalier* de quien oían hablar. El rector o cura de Combours, el abate Sévin, ha mostrado la misma incredulidad; no podía persuadirse de que aquel chico fuese el defensor de la religión: ha concluido por creerlo, y me ha citado en sus pláticas después de haberme tenido en sus rodillas. Estas gentes sencillas, que no mezclan en mi imagen ninguna idea extraña; que me ven tal como yo era en mi infancia y en mi juventud, ¿me reconocerían hoy bajo los disfraces del tiempo?

Raulx, un guarda de caza, que me había cobrado afecto, fué muerto por un cazador furtivo. Este asesinato me hizo una impresión extraordinaria. Mi imaginación

(1) En distintas ocasiones encontré a mi amigo David; ya diré cuándo y cómo.

(Nota de 1832, en Ginebra).

me representaba a Raulx teniendo sus entrañas en las manos y revolcándose en la choza donde expiró. Yo concibo la idea de la venganza, y hubiera deseado batirme contra el asesino. En el primer momento de una ofensa apenas la siento; pero se graba en mi memoria: y en vez de decrecer su recuerdo, se aumenta con el tiempo: duerme en mi corazón meses y años enteros; después se despierta a la menor circunstancia con una fuerza nueva, y la herida se hace más viva que el primer día. Pero, soy rencoroso y, sin embargo, no soy vengativo. Tengo el poder de vengarme, y me falta el deseo; así es que sólo sería peligroso en la desgracia. Los que han creído hacerme ceder oprimiéndome, se equivocaron: la adversidad es para mí lo que era la tierra para Anteo, pues tomo fuerzas en el seno de mi madre.

Dieppe, octubre de 1812.

SEGUNDAS VACACIONES EN COMBOURG.—REGIMIENTO DE CONTI. — CAMPAMENTO DE SAINT-MALO. — UNA ABADÍA. — TEATRO. —CASAMIENTO DE MIS DOS HERMANAS MAYORES. — REGRESO AL COLEGIO. — REVOLUCIÓN EN MIS IDEAS. — AVENTURA DE LA MARINA.—TERCERAS VACACIONES EN COMBOURG. — EL CHARLATÁN. — REGRESO AL COLEGIO.

Con gran sentimiento mío tuve que regresar a Dol. Al año siguiente hubo un proyecto de desembarco en Jersey, y se estableció un campamento cerca de Saint-Malo. En Combours se acantonaron algunas tropas; el señor de Chateaubriand dió cortés alojamiento a los coroneles de los regimientos de Turena y Conti, duque de Saint-Simón el uno, y el otro marqués de Causans (1). En el castillo comían diariamente una veintena de oficiales. La primera idea de viajar que se me vino a las mientes tuvo su origen en haber visto galopar en su caballo, bajo los árboles, al teniente coronel del regimiento de Conti, el marqués de Wignacourt.

Cuando oía a nuestros huéspedes hablar de París y de la corte, me entristecía; tenía empeño en adivinar lo que era la sociedad; pero, a medida que iba formando de ella una idea confusa y lejana,

(1) Experimenté un singular placer cuando volví a encontrar, después de la Restauración, a este hombre, dechado de finura, y notable por su fidelidad y virtudes cristianas.

(Nota de 1831, en Ginebra).

se turbaba mi imaginación y se ofuscaban mis sentidos.

Me gustaba extraordinariamente la parada. Todos los días veía formada en el Patio Verde a la guardia entrante, con sus tambores y música a la cabeza. El señor de Causans se ofreció a llevarme al campamento de la costa, y mi padre consintió en ello.

Un hidalgo de infachable nobleza, el señor de La Morandais, a quien la necesidad había reducido a la condición de mayordomo de las tierras de Combours, fué el encargado de conducirme a Saint-Malo. Iba vestido mi conductor con un traje de camelote gris, con un galoncillo de plata al cuello, y un morrión o casquete de fieltro del mismo color, acabado en punta. Me colocó a la grupa de su yegua, *Isabela*, y yo me agarraba al cinturón de su cuchillo de caza: el viaje me pareció delicioso. Cuando Claudio de Bullion y el padre del presidente de Lamoignon iban al campo siendo niños, «los llevaban sobre un burro, en unas aguaderas de mimbre; y para igualar el peso ponían una piedra en el lado donde iba Lamoignon, pues era el menos pesado de los dos.» (*Memorias del presidente de Lamoignon.*)

El señor de La Morandais conocía todos los atajos por donde se llegaba antes a Saint-Malo:

Moult volontiers, de grand'manière,
Allait en bois et en rivière;
Car nules gens ne vont en bois
Moult volontiers comme François.

«Contento y satisfecho iba a la selva y al río, porque nadie recorría los bosques de tan buena gana como Francisco.»

Nos detuvimos para comer en una abadía de benedictinos, la cual acababa de reunirse al monasterio de que dependía, por carecer del número suficiente de monjes. El padre procurador, a cuyo cargo estaban los bienes muebles y la explotación del arbolado, encargó que nos sirvieran una excelente comida de vigilia en la biblioteca del prior. El señor de La Morandais y yo nos atracamos de huevos revueltos con carpas y lenguados. Por las ventanas de un claustro se veían sicomoros, que habían crecido a la orilla del estanque, y a los cuales estaban cortando por el pie. Cuando a fuerza de hachazos estaba el tronco suficientemente hendido, se bamboleaba la cima, cayendo en seguida al suelo: este espectáculo nos entretuvo algunos instantes. Algunos car-

pinteros, traídos de Saint-Malo, cortaban las ramas verdes. Mi corazón padecía extraordinariamente al ver el destrozo hecho en aquellos bosques y aquel monasterio desierto. El saqueo general de las casas religiosas trajo a mi memoria después el despojo de la abadía, el cual vino a ser para mí un pronóstico.

Cuando llegamos a Saint-Malo, me alojé en casa del marqués de Causans, en cuya compañía recorrí las calles del campamento.

Aquel mismo día vi pasar junto a mí al galope sobre un soberbio corcel, y con uniforme de húsar, a uno de esos hombres con cuya muerte acaba un mundo: al duque de Lauzun. El príncipe de Carignan, que también estaba en el campamento, casó con la hija del señor Boisgarin, lindísima, a pesar de su cojera: este matrimonio metió mucho ruido, y dió margen a un pleito que está siguiendo todavía el señor Lacratelle, el mayor. Pero, ¿qué relación hay entre esto y mis memorias? «A medida que mis amigos íntimos, dice Montaigne, van recordando los pormenores de los acontecimientos que refieren, toman de tan atrás su narración, que si la narración es buena, dan al traste con la bondad de los oyentes, y si no lo es, se ven precisados a maldecir su feliz memoria o su desgraciado juicio. He oído referir muchos sucesos llenos de gracia, los cuales eran empalagosos en boca del narrador.» Estoy temiendo que han de venirme como de molde las palabras de Montaigne.

Mi hermano estaba en Saint-Malo cuando el señor de La Morandais me dejó en su casa. Una noche me dijo: «Te voy a llevar al teatro». Esta noticia me hizo enloquecer en tales términos, que bajé al sótano en busca de mi sombrero en lugar de dirigirme al piso alto. Acababa de desembarcar una compañía de cómicos de la legua.

Llegué, pues, con el corazón palpitante a un teatro de madera, situado en una calle desierta de la ciudad, y por cuyos mugrientos corredores penetré con cierta sensación de temor. Abrióse una puertecita en uno de ellos, y entré con mi hermano en un palco que estaba casi lleno de gente.

La función había comenzado ya: representábase *El Padre de familias*. Lo primero que llamó mi atención fueron dos hombres que se paseaban en las tablas hablando, y sobre los que estaban fijadas las miradas de todo el mundo. En

un principio creí que eran los directores de los pulchinelas, que departían confidencialmente ante el chiribitil de la señora Gigogne, aguardando a que llegase el público; pero no dejaba de extrañarme, sin embargo, que hablasen en voz alta de sus asuntos privados, y que los escucharan todos con el más profundo silencio. Pero mi sorpresa aumentó cuando vi salir a otros personajes que accionaban con los brazos, y, sobre todo, cuando noté que se ponían a llorar, como si el dolor de unos se hubiese contagiado a los otros. El telón cayó sin que yo hubiese comprendido una palabra de todo aquello. Mi hermano salió, dejándome solo en medio de desconocidos, y, a causa de mi timidez, como en un potro: en aquel momento hubiera preferido hallarme en el más apartado rincón de mi colegio. Tal fué la primera impresión que me produjo el arte de Sófoles y de Molière.

El tercer año de mi estancia en Dol fué notable para mí por las bodas de mis dos hermanas mayores: Mariana se casó con el conde de Marigny, y Benigna con el conde de Québriac. Las dos se marcharon con sus maridos a Fougères, dando la primera señal de la dispersión de una familia. Recibieron la bendición nupcial en Combours, el mismo día, a la misma hora y en el mismo altar, en la capilla del castillo. Durante la ceremonia, mi madre y ellas derramaban abundantes lágrimas; su dolor me sorprendió entonces en extremo: en la actualidad me lo explico perfectamente. No puedo asistir a un bautizo o a una boda sin sonreírme con amargura o sin experimentar una opresión de corazón. Después de la desgracia de nacer, no conozco otra mayor que la de dar la vida a un hombre.

En aquel mismo año la casualidad hizo caer en mis manos dos libros muy diversos: un *Horacio*, no expurgado, y una historia de las *Confesiones mal hechas*. El trastorno que produjeron en mis ideas estos dos libros es imponderable: el uno me hacía entrever secretos incomprensibles a mi edad; una existencia distinta a la mía; placeres muy superiores a mis juegos, y encantos de una especie desconocida para mí, en un sexo, del cual no conocía más que a mi madre y hermanas: el otro presentaba a mi imaginación espectros arrastrando cadenas y vomitando llamas, que me revelaban suplicios eternos, destinados para el que calla un solo pecado. Perdí el sueño; por la noche me parecía ver a mi alrededor, y al tra-

vés de las cortinas de mi lecho, manos negras y blancas: figurábame que las últimas estaban maldecidas por la religión, y esta idea acrecentó el espanto que me infundían las sombras infernales. Inútilmente buscaba en el cielo y en el infierno la explicación de este doble misterio. Herido a un tiempo mismo física y moralmente, mi inocencia luchaba contra las borrascas de una pasión prematura y los terrores de la superstición.

Meditaba sobre el libro cuarto de la *Eneida*, y leía el *Telémaco*: de repente descubrí en Dido y en Eucaris bellezas que me cautivaron, y no pude menos de ser sensible a la armonía de aquellos versos admirables, y de aquella prosa antigua. Un día traduje en voz alta el *Aeneidum genitrix, hominum divunque voluptas*, de Lucrecio, con tanta pasión, que el señor Egault me arrancó el poema de las manos, y me dió las raíces griegas. En otra ocasión pude ocultar un *Tíbulo*, y al llegar al *Quam juvat immites ventos audire cubantem*, aquellos sentimientos de voluptuosidad y melancolía me revelaron, hasta cierto punto, mi propia naturaleza. No tuvieron inconveniente alguno en permitirme que leyese *La Peca-dora* y *El Hijo Pródigo*, de Masillón, porque no sospechaban todo lo que yo hallaba en ellos. Con frecuencia robaba en la capilla cabos de vela para poder leer por la noche las descripciones seductoras de los desórdenes del alma, y me dormía balbuceando frases incoherentes, a las que quería transmitir la dulzura y la gracia del escritor que ha sabido poner en prosa, mejor que otro alguno, la *euphro-nia raciniana*.

Si en el transcurso de mi vida he pintado con alguna verdad los arrebatos del corazón, mezclados con la sindéresis cristiana, es debido únicamente a la casualidad, que me hizo conocer a un mismo tiempo dos imperios enemigos. Los estragos que un mal libro produjera en mi imaginación se remediaron con los terrores que me inspiró otro; languideciendo poco a poco estos últimos con los muelles pensamientos que me habían dejado los cuadros expuestos a mi vista sin velo alguno.

Al mismo tiempo que la inclinación que comenzó a atormentarme, nació en mí el honor; esa exaltación del alma que conserva al corazón puro en medio de la corrupción, y es como especie de principio reparador, colocado cerca de un principio voraz.

Cuando hacía buen tiempo, los colegiales salían a pasear los jueves y los domingos. Con frecuencia nos llevaban al Mont-Dol, en cuya cúspide había unas ruinas galo-romanas: desde allí la vista abarcaba el mar y los salobres pantanos, donde se veían fosforescer por la noche fuegos fatuos, luz de los hechiceros que arde hoy en nuestras lámparas. También solíamos pasear por los prados que circuyen un seminario de *Eudistas*, nombre derivado de Eudes, hermano del historiador Mézerai, fundador de su congregación.

Un día del mes de mayo, el abate Egault, que estaba de director de semana, nos condujo al último punto: en estas ocasiones se nos permitía una libertad bastante amplia en nuestros juegos; pero nos prohibían terminantemente subir a los árboles. El director nos dejó en un sitio cubierto de hierba, y se apartó de nosotros para rezar maitines.

A los lados del camino había unos cuantos olmos, y en la cima del más alto se veía un nido de maricas, el cual excitaba nuestra admiración, hasta tal punto, que nos designábamos mutuamente a la madre acostada sobre sus huevos, manifestando al mismo tiempo los deseos más vehementes de atraparla. Pero, ¿quién era el guapo que se atrevía a intentar tan peligrosa aventura? ¡Estaba tan cerca el director, y era tan severa la orden, y el árbol tan alto!... Todos concretaron sus esperanzas en mí; yo sabía encaramarme como los gatos. Hicieronme vacilar: la gloria de la aventura me fascinó: por fin me decidí a quitarme la casaca; me abracé al olmo, y empecé a subir. El tronco no tenía ramas hasta llegar a las dos terceras partes, donde formaba una horquilla, en uno de cuyos extremos estaba el nido.

Mis compañeros, reunidos bajo el árbol, aplaudían mis esfuerzos, dirigiendo alternativamente su vista hacia mí y hacia el sitio por donde podía venir el director, pateando de impaciente gozo con la esperanza de verme coger los huevos, y temblando de miedo por la inminencia del castigo. Yo continuaba subiendo hasta llegar a donde se hallaba el nido; la marica echó a volar; cogí los huevos; me los metí entre la camisa, y emprendí el descenso. Desgraciadamente resbalé, y quedé a horcajadas sobre una rama. Como el árbol estaba esquilmo, no encontré ningún punto de apoyo para levantar-

tarme, y quedé suspendido en el aire a cincuenta pies de altura.

En aquel momento se dió el grito: «¡Que viene el director!» y mis amigos me abandonaron, como es costumbre. Sólo uno, llamado Gobbién, quiso auxiliarme; pero bien pronto se vió precisado a renunciar a su generosa empresa. Ningún otro medio me restaba, para salir de tan desesperada posición, que asirme con las manos a una de las puntas de la horquilla, y ver si conseguía apoyar los pies en el tronco por encima de su división. Al ponerlo en práctica mi vida corrió un grave riesgo. Sin embargo, no quise desprenderme de mi tesoro; pero más me hubiera valido tirarlo. Al descender me desollé las manos, el pecho y las piernas, y los huevos se hicieron una tortilla; esto fué lo que me perdió. El director no me había visto sobre el olmo, y pude esconder fácilmente la sangre de mis rasguños; pero no hallé medio alguno para ocultar el vivo color de oro con que estaba manchado. «Está bien, caballero—me dijo el director—; llevará usted unos cuantos azotes.»

Si hubiera dicho el abate Egault que conmutaría esta pena con la pena de muerte, tengo la seguridad de que hubiera hecho un movimiento de gozo. No ha habido en mi vida época alguna en la cual no hubiera preferido los suplicios más crueles al horror de tener que ruborizarme ante una criatura viviente. Me indigné de tal manera, que repliqué al abate Egault, no con el acento de un muchacho, sino con la fiera de un hombre, que no toleraría que ni él ni nadie me levantase la mano. Esta respuesta irritó su coraje; me llamó rebelde, y me prometió hacer conmigo un ejemplar. «Allá veremos», repliqué, poniéndome a jugar a la pelota, con una sangre fría que le dejó parado.

Al regresar al colegio, me llamó el director a su cuarto, y me ordenó que me sometiese al castigo. Mis sentimientos exaltados cedieron entonces la plaza a un torrente de lágrimas. Recordé al abate Egault que me había enseñado el latín; que era su discípulo y su hijo, y que, por lo tanto, esperaba que no querría deshonorarme haciéndome insoportable la presencia de mis compañeros; que podía encerrarme en una prisión a pan y agua. Viendo que permanecía sordo a mis ruegos, me levanté lleno de rabia, y le apliqué en las espinillas tan descomunal puntapié, que lanzó un grito penetrante. Le-

vantóse hecho una furia, y dirigiéndose a la puerta de su cuarto, la cerró, dando dos vueltas a la llave, y se precipitó en seguida sobre mí. Me atrincheré detrás de su cama, y me tiró dos correaos: agarré en seguida un cobertor de su lecho, me envolví en él, y, animándome a mí mismo al combate, exclamé:

Macte animo, generose puer!

A pesar suyo, esto le hizo reír; propúsome un armisticio, y concluimos un tratado; ya me avine a ponerme a discreción del abate, el cual tuvo a bien substraerme del castigo que había rechazado. Cuando el buen cura pronunció mi absolución, le besé la manga con tanta efusión de alma y de reconocimiento, que no pudo menos de bendecirme. Así terminó el primer combate, en el cual me obligó a rendirme este honor, que ha llegado a ser el ídolo de mi vida, y al cual he hecho en tantas ocasiones el sacrificio de mi reposo, placeres y fortuna.

Las vacaciones, durante las cuales cumplí doce años, fueron tristes: el abate Leprince me acompañó a Combours, y no salía sino con él. El pobre hombre se moría de tisis, y, por lo tanto, estaba melancólico y taciturno; tampoco yo me hallaba muy alegre. Muchas veces andábamos horas enteras uno detrás del otro, sin hablar una palabra. Un día, que nos extraviáramos en los bosques, se volvió Leprince hacia mí, y me preguntó: «¿Qué camino deberemos seguir?» Yo le contesté: «El sol toca ya a su ocaso; a estas horas da en la ventana de la torre principal; por lo tanto, marchemos por aquí.» El señor Leprince refirió por la noche a mi padre este incidente, que bastó para revelar al futuro viajero.

El abate Leprince deseaba que me diesen un caballo; pero mi padre afirmaba que un oficial de marina no debía saber manejar más que su buque. Así, pues, me vela reducido a montar a escondidas dos enormes yeguas de tiro, o un caballo pío, un Pegaso lunático, de endiablado trote, que me mordía las piernas cuando quería obligarle a saltar una zanja. Nunca me han llamado la atención los caballos, aun cuando he llevado a veces la vida de un tártaro, y, contra los efectos que mi primera educación hubiera debido producir, monto con más elegancia que seguridad.

Las tercianas, cuyo germen me había quedado de las marismas de Dol, me libertaron del señor Leprince. Acertó a pa-